

# Altavoz del Montañero

## La opinión de un montañero sobre el «Plan de Acción Conjunta»

El pasado año, se trató en la reunión de zona celebrada en la Sociedad C. D. Fortuna de San Sebastián sobre la conveniencia de implantar en nuestra provincia el «Plan de Acción Conjunta», plan que fué rechazado.

Es mi opinión, que el asunto no se enfocó debidamente, tergiversando incluso el alcance de esta obra, lo cual me lo demuestra las declaraciones de varios miembros de la mencionada reunión ante mis comentarios posteriores en el transcurso del año pasado, llegando a declarar que francamente no vieron el asunto bajo el punto de vista mío.

Durante muchos años, he sido montañero amante como el primero del sano deporte, pero completamente «solitario»: algunas veces mis hermanos me acompañaron en mis excursiones, pero la inmensa mayoría de las veces, lo hacía solo.

No pertenecía a ninguna Sociedad, no hacía concursos de ninguna clase, y francamente, desgastaba mi entusiasmo en solitarios, aun cuando me hallaba convencido, de que todo aquello que creemos excelente para nosotros, debemos de darlo a conocer a los demás, y no reservarlo egoístamente para nosotros solos; y la realidad es que para mí no ha habido deporte de más interés y mayores goces, que el que disfruta con la contemplación de la Naturaleza, tomando contacto con ella a través de nuestra montaña.

Llegó un buen día, en que en Pasajes, este Pasajes donde en cada ciudadano existe una opinión distinta, donde los llamados pasaitarras «natos» somos muy pocos, por ser este pueblo completamente nuevo, se formó una Sociedad Montañera.

Si en Pasajes, donde la experiencia de su corta historia, demostró que el fracaso acompañaría a todas las fundaciones de tipo deportivo, se consiguió agrupar a la gente para formar una Sociedad de tipo Montañero. ¿por qué en Guipúzcoa no se había de conseguir formar una agrupación de elementos entusiastas de grandes empresas? ¿Entre todas las Sociedades guipuzcoanas (me refiero a las montañeras) no se podía formar

un total de individuos, suficientes para comenzar la labor del «Plan de Acción Conjunta»? ¿Qué, y quién lo impide?

¿Es que no hay individuos aficionados a la escalada, la alta montaña y el camping, que se ven imposibilitados de poder cumplir con sus gustos por carecer de protección o de material necesarios?

Para mí no es una idea nueva ésta, ¡cuántas veces he soñado con llegar a ver realizados mis sueños! ¡¡Pero es que vamos a ver!! ¿Por qué en Cataluña existe un Centro Excursionista, con miles de Socios, y en Guipúzcoa no lo tenemos? ¿Es que somos menos capaces? ¿Son ellos menos individualistas? ¿O es que ven las cosas más claras?

El que a un señor o a varios, no les haga gracia la idea, no quiere decir que todos los miembros de su sociedad se han de mostrar desinteresados. Si un individuo no se halla entusiasmado por una idea, difícilmente podrá convencer a los demás, luego... conviene que esta idea sea presentada directamente a cada individuo, por medio del entusiasta, y que cada cual obre como le plazca.

Estoy convencido, de que en Guipúzcoa, se puede hacer mucha labor en este aspecto, pero conviene que se editen circulares explicativas, y sean entregadas a cada montañero, con el fin de llegar a conocer a fondo el «Plan».

Podría formarse una Directiva provincial, de la cual dependiesen todos los Socios de esta nueva agrupación montañera, y sin perjuicio de que cada cual, continuase sus actividades dentro de su Sociedad local.

La provincia, podría estar dividida en cuatro Secciones, con San Sebastián, Tolosa, Eibar y Zumaya como cabezas de Sección, y cada Socio de la Agrupación Guipuzcoana, pagaría las cuotas a través de sus distintas Sociedades locales.

Con estas cuotas, se llegaría a conseguir refugios, materiales de escalada y acampada, excursiones a lejanos puntos, etc., etc.

¡Hay que tomar verdadero interés en el asunto, puesto que a todos nos ha de beneficiar! y... ¡¡El que tiene verdadera afición, no escatima esfuerzo!! ¡¡Prescindamos de las excursiones semi gamberras, donde lo

característico es la inmensa «bota» de vino, de la mal empleada acordeón que lanza al viento acordes de danzas inmorales... y nequemos el nombre de montañeros a los que tergiversan el nombre de excursión y romería, a una fiesta que... más podría llamarse bacanal!!

¡Hemos de conseguir, formar un fuerte grupo de montañeros, escaladores o excursionistas, pero sin trampas; eliminando lo corrompido y quedándonos con lo mejorcito!

Dejemos a nuestras secciones infantiles, un buen unido grupo Guipuzcoano, y enseñemos a andar por este camino trazado por nosotros, a los montañeros que se hallan en formación.

M. O.  
*Del Jatzkibel.*

## Amoríos y amores

Todos los deportes tienen en sí una emoción por la que hace que los hombres los practiquen, sin tener en cuenta que, en la mayoría de ellos, el menor descuido puede costarles muy caro.

El motorista que se embriaga en la velocidad pulsando más y más el acelerador, siente la misma emoción que el esquiador que se lanza vertiginosamente por una pala helada, o que el ciclista que a la cabeza de un pelotón, solo piensa en multiplicar las revoluciones de sus ruedas. En todos estos aspectos del deporte, como en otros muchos, la emoción vence al hombre y le hace preferir este momento de tensión y de peligro, en que el éxito depende solamente de sus facultades.

Así como a estos deportistas lo que les anima a practicar su deporte es este goce, más que el premio material que les espera a la victoria, a nosotros, los montañeros, que consideramos el nuestro el mejor de los deportes, —esfuerzo de los hombres para acercarse a Dios— aparte de la recompensa moral que recibimos disfrutando de las maravillas de la Naturaleza, está la competición noble, el placer de luchar contra un enemigo inmensamente más superior a nosotros, al que hay que vencer con astucia, valor, voluntad y sangre fría.

Sin embargo, entre los amantes de la montaña —esa señora bellísima que tantos

admiradores tiene— hay quienes limitan su amor a una simple admiración y los que, sin regateos, se entregan por completo a ella.

Los hay que pregonan a los cuatro vientos su amor, la visitan de vez en cuando, pero no se deciden a entregarse por temor a algunas de sus manifestaciones que les causan pánico, y en estos ligeros devaneos la abandonan, a veces, para preferir otros deportes más pacíficos.

Pero en cambio los otros, los enamorados profundamente de ella, que la conocieron siendo niños y le dedican lo mejor de su vida; los que sin temer al frío o al calor acuden puntualmente a las citas, sin regatearle las horas y deseando pasar junto a ella todos los días, pues son los más felices de su vida.

Son los que esperan con impaciencia el día de la entrevista y dedican sus horas a pensar en ella.

Son los que no la temen en ninguna de sus manifestaciones y por el contrario gustan de arriesgarse para mejor conseguir su amor.

Son los que sonríen dentro de su apretado anorak, cuando la nieve les azota el rostro y el frío muerde sus manos, los que cantan alegremente, sintiéndose los hombres más felices de la tierra, cuando el viento huracanado o la tormenta les ha hecho recluírse en una pequeña cueva, donde tendrán que pasar la noche; son los que vuelven victoriosos de una dura escalada que les ha desollado las manos, pero que ahora, al mirar de nuevo el pico dominado, se consideran sus dueños y en su afán de conquistar, buscan otro objetivo de nueva lucha.

Y son, en fin, los que adoran la montaña en todo tiempo y circunstancias, bien, vestida con candoroso delantal de percal cuajado de florecillas en los verdes prados de la baja montaña, vestida de sobria señora con su serio traje gris, de atrevidas formas y atractivas líneas que presentan el encanto y el peligro de la altura, o cubierta de immaculado tul de novia, de redondeadas formas blancas, cuajado de infinidad de brillantes, que arrancan al sol sus más bellos destellos.

Estos son los montañeros; los que adoran, a través de esta novia tan perfecta con todas sus maravillas, al Dios que las creó.

E. BACIGALUPE  
*Del C. D. San Fernando F. J.  
y Bilbao Alpino Club.*

## Montañismo bien aprovechado

En Arqueología, en Paleontología, en Espeleología, etc., etc., es mucho lo que de provecho se puede estudiar, y de hecho no se estudia, recorriendo la tan cercana sierra de Aralar y sin embargo tan grandemente ignorada.

El fenómeno muy patente entre nosotros los humanos de no conceder importancia a lo que nos es fácil de lograr, es marcadísimo en el caso concreto de Aralar que como sierra hermosa e interesante debiera ser más visitada de lo que lo es, habiendo solamente un sector que es recorrido, no por el afán del descubrimiento científico, sino por el emplazamiento del Santuario de San Miguel, que unas veces por devoción, otras por mera expansión campestre, es como decimos, lo único admirado.

Hablamos de Aralar como podríamos hablar de todas las demás sierras y rincones navarros y españoles que parecen haber sido hermoseedos por el Creador solamente para sosiego de los animales y no para que el hombre guste sus bellezas. Únicamente el montañero es el que sabe reconocer la grandiosa obra de la Creación y a admirarla dedica todos los instantes que libres tiene como humano después de atendidas sus particulares ocupaciones. No se sabe comprender el entusiasmo del montañero porque hoy todo es materialismo y las expansiones con que el hombre ocupa sus ratos libres para buscar el sosiego de su espíritu, bien sabemos que no son las más propicias para que satisfagan las ansiedades del alma que poseemos. Ante este enrarecimiento de las costumbres actuales, la presencia del montañero parece ridícula y extraña enormemente sus andanzas que no como en el caso del cazador, son recompensadas con la ansiada pieza.

Además de no comprenderlo, se suele criticar al montañero en muchos aspectos, tildándolo de «loco» y sobre todo atribuyendo su aparición a que la familia y la vida de hogar de los hombres se ha disgregado, desapareciendo aquel calor que antaño tenía. El ritmo de vida a que hoy el mundo rueda, ha impuesto en la familia una separación que permanece aun en los momentos más transcendentales y en los que es difícil ver a todos sus miembros reunidos.

Es absurdo atribuir a esta circunstancia la aparición del montañero, pues éste ha existido de siempre y las personas que con aires de espiritualidad visitan y recorren los miradores de la tierra que aman, no han surgido hoy como producto de esta lamentable transformación del hogar cristiano.

Sentados estos preámbulos, resta por añadir que a pesar de lo grandiosa que es la práctica de este deporte, hay en ella un vacío, como si dijéramos un pequeño hueco que falta por rellenar.

Las expansiones del montañero, su misma afición y el desarrollo de su deporte favorito podía ser mucho más completo aprovechando la fuerza latente que es y la energía que como joven posee para beneficio de una ciencia también inmaterializada como el mismo deporte que practica. Concretamente, nos referimos a las que encabezan este escrito y las cuales son el complemento de unas andanzas que sí, ciertamente, son hermosas, pero incompletas.

No somos montañeros porque nos haya entrado la manía de andar siempre como las cabras, sino que al ser unos admiradores de la Naturaleza, todo el encanto susceptible de saturar nuestros sentidos contemplativos, los encontramos más intensos, más abundantes y hermosos en los vallecitos, laderas, faldas y picos que como es muy natural siempre ofrecerán mayores bellezas que la inmensa llanura. Por tanto, en estos accidentes de la configuración, está nuestro campo de acción y en él encontraremos la suficiente materia como para ocuparnos ahora en la juventud, después de ella y finalmente llegar a la decrepitud satisfecho sí, pero empañada la ilusión por el gesto característico del que mucho ve y poco puede alcanzar, ya que grande e inagotable es el campo a que nos queremos referir.

El montañero que puntúa cumbres y realiza travesías goza tanto como yo sé que se goza, pero posteriormente a ser un montañero he querido ser un naturalista y éste es el complemento de la afición. Todas las andanzas y recorridos además de dejar ese gusto de satisfacción del buen día pasado, pueden dejar una duradera alegría más por el hallazgo de algo interesante que ha servido para aprovechar un esfuerzo que si no es de otra manera del todo estéril por lo bien

que transcurren las jornadas de montaña, si es como decimos incompleto.

La intelectualidad y eficiencia científica se encuentra en la madurez de personas que no pueden por sí realizar excavaciones ni exploraciones dada su avanzada edad por regla general y lo que hace falta es alguien que recorra y examine sobre el terreno. ¿Quién mejor que el montañero que sin nadie obligarle, él por su iniciativa recorre lo necesario?

Por eso puede decirse que es una fuerza inaprovechada que sin desviarla por otros derroteros y sin desvirtuarla lo más mínimo se puede aprovechar, ya que un montañero no va a encontrar empañadas sus ilusiones porque incrementa su cultura geológica y aprenda a valorar los terrenos, examinando aquellos que encuentre de interés y de paso en su recorrido, sino muy por el contrario, pronto verá la magnificencia de esta afición a la que si no quiere darse de lleno, con que

le dedique su atención simultánea al camino que recorre, ya basta. Si además se interesa por la espeleología, mucho mejor y en aquellas cuevas y grutas que encuentre a su paso, puede penetrar para aportar con su colaboración una ayuda a los que por no tener quien realice esto, tienen que hacer deducciones teóricas no comprobadas por la aparición de fósiles o documentos megalíticos que existen sí pero ignorados, acerca de la Prehistoria y los remotos antecesores de nuestra raza.

Aprovechemos pues la ocasión que se nos ofrece de colaborar para el esclarecimiento de las grandes cosas que tiene la Ciencia Natural, en la seguridad de que jamás habremos de arrepentirnos, sino muy por el contrario, cada día será más grande nuestra ilusión.

MIGUEL BENGOA  
Del C. D. «Oberena».

## ALDEA MUERTA

*A la derecha de la gran carretera, el sendero mular  
deja la ciudad y los campos de trigo,  
sigue por los matorrales y más lejos  
se pierde en el verde pinar,  
luego vuelve al descubierto de un llano  
y de súbito se detiene delante de las casas  
de una pequeña aldea vacía y abandonada.*

*Oh!, qué tristeza!*

*Incluso las piedras tienen una apariencia triste.  
Bajo un cobertizo, un montón de heno  
esparcido al pie de una escalera.  
Una silla rota, el mango de una pala,  
algunas cáscaras de huevos, y sobre una ventana entreabierta  
dos o tres tiestos rotos, una lata con una flor.  
Sobre una puerta, una cruz de madera olvidada,  
y la hierba creciendo, ahora, en medio del sendero  
y sobre los peldaños de la Iglesia.*

*Ningún rumor.*

*Vecina a la sombra de los álamos, corre el agua  
en una acequia llena de hierba y la fuente  
parece un lodazal.  
El grito de una rana me sobresalta.  
En el aire se nota el calor  
de una tormenta de verano que se aleja  
buscando otros cielos.  
Así mismo, la pobre gente,  
como las nubes empujadas por el viento,  
deja su aldea por la ciudad.*

GIOVANNI CALCHERA  
Sección Aosta del Club Alpino Italiano.

Traducción de Jorge A. Gavín.